

I

PSICOLOGÍA DEL MISTICISMO

Ya hemos visto que el misticismo es uno de los síntomas principales de la degeneración; se presenta de una manera tan general á consecuencia de ésta, que será difícil encontrar observación clínica de degenerados en que no esté consignado. Citar aquí autoridades es casi tan inútil como hacerlo en apoyo de la afirmación de que en la fiebre tifoidea se observa una elevación de temperatura; reproduzcamos pues tan sólo esta observación consignada por Legrain: «Las ideas místicas deben ser puestas en el balance de la locura de los degenerados; hay dos estados en los cuales se observan: son el delirio epiléptico y el delirio histérico» ¹. Al mencionar Federoff el delirio religioso y el éxtasis entre los fenómenos que acompañan al ataque histérico, los declara especiales de la mujer, y comete en esto un error, puesto que son por lo menos tan frecuentes en los histéricos y degenerados varones como en las enfermas del sexo femenino ².

¿Qué se debe entender por esta expresión un poco vaga: misticismo? Esta palabra designa un estado de alma en el cual se cree percibir ó presentir relaciones ignoradas é inexplicables entre los fenómenos, en el cual se reconocen en las cosas indicaciones de misterios y se les considera como símbolos mediante los cuales algún poder

¹ Legrain, *Op. cit.*, pág. 266.

² Citado por J. Roubinovitch, *Histeria masculina y Degeneración*, pág. 18.

oscuro trata de revelar ó por lo menos de hacer que se sospechen toda clase de cosas maravillosas que se esfuerza uno por adivinar, las más de las veces en vano. Este estado de alma va siempre ligado á fuertes emociones que la conciencia concibe como un efecto de sus presentimientos; pero, por lo contrario, estas emociones los preceden y constituyen la causa de los presentimientos que de ellas reciben su tendencia y su colorido especiales.

Todos los fenómenos del mundo y de la vida se presentan al místico de otro modo que al hombre sano. La más sencilla palabra pronunciada en presencia del místico le parece una alusión á algo recóndito; en los movimientos más ordinarios y más naturales ve secretas advertencias; todas las cosas tienen para él profundos arcanos, arrojan vastas sombras sobre los dominios próximos y envían lejanas raíces hasta en las capas abismales más profundas. Toda representación que surge en su espíritu muestra con el dedo en silencio, pero con una mirada y un gesto que dicen muchas cosas, otras representaciones claras ó vagas, y le proporciona ocasión para asociar apercepciones entre las cuales los demás no encuentran ninguna relación. Por consecuencia de esta singularidad de espíritu, el místico vive como si estuviera rodeado por máscaras inquietantes, detrás de las cuales aparecen ojos enigmáticos, y que contempla con un terror constante, porque nunca está seguro de reconocer las formas que se agolpan en torno suyo bajo el disfraz. «Las cosas no son lo que parecen», tal es la afirmación característica que oímos con frecuencia salir de los labios del místico; en la observación de un degenerado de la clínica de Magnan, leemos: «Un niño le pide que le dé de beber en la fuente Wallace ¹; á él no le parece

¹ Fuentes públicas de París que tienen el chorro de agua demasiado alto para que puedan alcanzar los niños. (N. del T.)

eso natural; el niño le sigue y esto le sorprende; otra vez, en fin, ve á una mujer sentada sobre un poyo de piedra y se pregunta á sí mismo qué es lo que querrá decir aquello» ¹. En los casos extremados, esta manera de ver enfermiza se eleva hasta la alucinación, que por regla general afecta al oído, pero puede también interesar la vista y los demás sentidos; en este caso, el místico no se limita á sospechar ó á adivinar, en los fenómenos y detrás de ellos, algún misterio, sino que oye y ve materialmente cosas que no existen para los seres sanos.

La observación psiquiátrica se contenta con describir este estado de espíritu y con establecer su existencia en los degenerados y los histéricos; pero esto no basta. Queremos nosotros saber también de qué manera el cerebro degenerado ó agotado llega á caer en el misticismo; para comprender cómo suceden las cosas, tenemos que remontarnos á algunos hechos simples de la vida psíquica ².

El pensamiento consciente es una función de la corteza cerebral, tejido compuesto de innumerables células nerviosas ligadas las unas á las otras por las fibras nerviosas; á este tejido vienen á parar los nervios de la periferia del cuerpo y de los órganos interiores. Si se excita uno de estos nervios (el nervio óptico por un rayo luminoso, un nervio cutáneo por un contacto, un nervio orgánico por una transformación química interna, etc.), propaga su excitación hasta la célula nerviosa de la corteza cerebral en la cual desemboca; esta célula sufre por ende transformaciones químicas que en el estado sano del organismo, están en proporción directa de la fuerza de excitación. La célula nerviosa directamente alcanzada por la excitación del

¹ Legrain, *Op. cit.*, pág. 200.

² El psicólogo de profesión leerá acaso con alguna impaciencia estos detalles que son para él tan familiares; pero no son superfluos para los lectores, aun muy cultos, y desgraciadamente tan numerosos, que nunca se han preocupado de conocer las leyes de la actividad cerebral.

nervio periférico comunica por su parte la excitación recibida á todas las células próximas á las cuales está ligada por trayectos fibrosos; el fenómeno se extiende en todas las direcciones como una onda circular producida por un objeto lanzado al agua, y se disipa poco á poco, lo mismo en absoluto que la onda dicha: más rápida ó más lentamente, recorriendo una extensión más ó menos grande, según que la excitación que la ha ocasionado haya sido más fuerte ó más débil.

Toda excitación que llega á un sitio de la corteza cerebral tiene por consecuencia en este sitio una afluencia de sangre que lleva allí materias nutritivas ¹. La célula cerebral descompone estas materias y convierte en otras formas de fuerza, la fuerza almacenada en ellas: estas formas son las apercpciones y las impulsiones motoras ². Cómo una descomposición de materias se transforma en apercpciones, cómo un hecho químico deviene conciencia, esto es lo que nadie sabe; pero lo que está fuera de duda, es que á la descomposición de materias en las células cerebrales excitadas, están ligadas apercpciones conscientes ³.

¹ Los ensayos y observaciones de Mosso sobre la superficie cerebral puesta al descubierto por la operación de la trepanación, han establecido este hecho. Véase su estudio acerca del *Miedo, pasim*. Traducción francesa, segunda edición, París 1892.

² Los ensayos de Ferrier le han llevado, es cierto, á negar que una excitación que hiere la corteza de los lóbulos frontales pueda tener como consecuencia movimientos. El caso no obstante no es tan sencillo como le parece á Ferrier: una parte de la energía que la excitación periférica deja libre en la célula del cerebro anterior se transforma seguramente en impulsiones motoras, aun cuando la excitación directa de esta parte del encéfalo no produzca contracciones musculares. Pero no es aquí el lugar de defender este punto contra Ferrier.

³ La hipótesis de que la descomposición de las combinaciones orgánicas en las células cerebrales está ligada á la conciencia, que la síntesis de estas combinaciones lo está al reposo, al sueño y al ser inconsciente, procede de A. Herzen. Todo lo que sabemos acerca de la naturaleza química de las excreciones durante el sueño y la vigilia, confirma la exactitud de esta hipótesis.

A las propiedades fundamentales de la célula nerviosa pertenece además junto con la facultad de responder á una excitación por una acción química, otra facultad: la de conservar la imagen de la cantidad y de la calidad de esta excitación. Para expresar la cosa en términos populares, diremos que la célula es capaz de recordar sus impresiones. Si en un momento dado una excitación nueva, aunque débil, la hiere, suscita á la vez en ella la imagen de excitaciones semejantes que la han herido anteriormente, y esta imagen recordada refuerza la nueva excitación y la hace más precisa, más comprensible para la conciencia. Si la célula no tuviera memoria, la conciencia sería eternamente impotente para interpretar sus impresiones y no llegaría nunca á formarse una representación del mundo exterior; las excitaciones inmediatas individuales podrían, es cierto, ser percibidas, pero quedarían sin cohesión y desprovistas de sentido, siendo insuficientes para conducir, por sí solas, al conocimiento, sin la cooperación de impresiones precedentes. La primera condición de una actividad cerebral normal es pues la memoria.

La excitación que hiere á una célula cerebral da lugar, como hemos visto, á una propagación de esta excitación á las células próximas, á una onda de excitación que se extiende en todos los sentidos. Como quiera que toda excitación está ligada al nacimiento de apercpciones conscientes, esto significa que cada excitación llama á la conciencia un gran número de apercpciones, y no sólo las que se relacionan con la causa exterior inmediata de la excitación percibida, sino también las que no han sido suscitadas sino porque las células que las elaboran están situadas por azar en la proximidad de la célula ó del grupo de células á las que ha llegado inmediatamente la excitación exterior. La onda excitadora es, como cualquiera otro movimiento de onda, más fuerte en su punto de partida, luego va debilitándose en los límites en que su periferia se ensancha, hasta que concluye por perderse en lo

imperceptible; esto explica que las apercepciones cuyo substratum anatómico está situado en la proximidad inmediata de las células en primer término afectadas por la excitación, son las más vivas; que las nacidas en las células más alejadas tienen un poco menos de precisión y que esta precisión decrece cada vez más, hasta que la conciencia acaba ya por no percibir las y caen, para emplear la expresión científica, por debajo de los umbrales de la conciencia. No es pues solamente en la célula hacia la cual es llevada inmediatamente, sino también en una porción innumerable de otras células próximas á ella y ligadas á ella, donde toda excitación suscita la actividad acompañada de apercepción. Así es como nacen simultáneamente ó, para hablar con más exactitud, en una sucesión de una rapidez imposible de medir, millares de apercepciones de una precisión regularmente decreciente, y como millares de excitaciones orgánicas externas é internas hieren sin cesar el cerebro, millares de ondas excitadoras recorren continuamente el cerebro, cruzándose y penetrándose de la manera más diversa y suscitando á su paso millones de apercepciones que surgen, se oscurecen y desaparecen. A esto hace alusión Goethe cuando pinta en términos tan magníficos cómo

...Un golpe de pedal pone en movimiento millares de hilos.
Las lanzaderas resbalan como flechas á un lado y á otro.
Los hilos se deslizan sin ser vistos;
Cada golpe anuda millares de entrecruzamientos.

La facultad del recuerdo no es propia de la célula nerviosa solamente, sino también de la fibra nerviosa que no es más que una modificación de aquella y que conserva la memoria de la excitación que ha conducido, como la conserva la célula de la que ha transformado en apercepción y en movimiento. La fibra nerviosa es más fácilmente recorrida por una excitación que ya ha conducido una vez, que por una excitación que ha de transmitir por

vez primera desde una célula á otra; toda excitación que hiere á una célula se extenderá en la dirección de la menor resistencia, y esta menor resistencia le es opuesta por las vías nerviosas que ya antes ha recorrido. Así se forman para la propagación de una onda de excitación, un camino determinado, un hábito de marcha; siempre son las mismas células nerviosas las que se envían recíprocamente sus excitaciones, una apercepción suscita siempre el mismo cortejo de apercepciones y se presenta siempre acompañada por éstas en la conciencia. Este hecho se llama asociación de ideas.

No es ni lo arbitrario ni el azar lo que determina á cuáles otras células una célula excitada envía rutinariamente su excitación, ni cuáles apercepciones compañeras una apercepción suscitada lleva con ella á la conciencia. El encadenamiento de las apercepciones está por lo contrario sometido á leyes que Wundt, especialmente, ha resumido con acierto.

Quienquiera que no ha nacido sordo y ciego, como la infortunada Laura Bridgman que citan todos los psicólogos, no se sentirá nunca herido por una sola excitación periférica, sino siempre por muchas á la vez. Todo fenómeno del mundo exterior tiene, por regla general, no una sola cualidad, sino varias, y como lo que llamamos cualidad es la causa presunta de una excitación sensorial dada, quiere esto decir que los fenómenos se dirigen ordinariamente á varios sentidos á la vez, que son á la vez vistos, oídos, sentidos, y á la vez vistos con grados diversos de luz y de colorido, oídos con timbres diferentes, etc. Los fenómenos poco numerosos que no tienen más que una sola cualidad, y por consiguiente no excitan más que un solo sentido—el trueno por ejemplo que es solamente oído, si bien con muchas graduaciones—se presentan también acompañados por otros fenómenos: así, con el trueno, para ceñirnos á este ejemplo, se presenta siempre un cielo cargado de nubes, relámpagos y lluvia.

Nuestro cerebro está pues, habituado á recibir á la vez, producidas por cada fenómeno varias excitaciones que en parte emanan de las diferentes cualidades del fenómeno mismo, y en parte de los fenómenos que se presentan de ordinario al mismo tiempo que el primero; basta ahora que una sola de estas excitaciones hiera el cerebro para suscitar también en él las otras excitaciones del mismo grupo, gracias á la asociación habitual de las imágenes conservadas. La simultaneidad de las impresiones es por consiguiente una causa de asociación de ideas.

Una sola y misma cualidad pertenece á muchos fenómenos: hay toda una serie de cosas que son azules, redondas, lisas; la posesión común de una cualidad implica una semejanza que es tanto mayor, cuanto más numerosas son las cualidades comunes; pero cada una de las cualidades forma parte de un grupo de cualidades ordinariamente asociadas y puede, por el mecanismo de la simultaneidad, suscitar la imagen conservada de este grupo. A consecuencia de la semejanza, las imágenes conservadas ó recuerdos de todos los grupos á los cuales es común la cualidad que crea su semejanza, podrán ser suscitadas; el color azul por ejemplo, es una cualidad que pertenece á la vez al cielo sereno, á la centauro, al mar, á determinados ojos, á múltiples uniformes militares; la percepción del azul suscitará el recuerdo de varias cosas ó de muchas cosas azules que no tienen otra relación entre ellas más que este color que les es común. La semejanza es por consiguiente una segunda causa de la asociación de las ideas.

Es una especialidad de la célula cerebral, que con una apercepción elabora siempre también al mismo tiempo la contraria de ésta. Lo que percibimos como contrario no es verosímilmente, en su forma primitiva y la más simple, sino la conciencia de la cesación de una apercepción determinada; del mismo modo que el agotamiento de los nervios visuales por efecto de un co-

lor suscita en ellos la sensación del color complementario, así, en el agotamiento de una célula cerebral por la elaboración de una apercepción, parece como que la apercepción opuesta es arrastrada hasta la conciencia. Que esta interpretación sea ó no exacta, el hecho en sí mismo está establecido por el «doble sentido contrario de las raíces primitivas» encontrado por K. Abel ¹. El contraste es la tercera causa de asociación de las ideas.

Muchos fenómenos se presentan en el mismo espacio colateralmente ó sucesivamente, y asociamos la idea de un sitio determinado á objetos á los cuales sirve ordinariamente de marco. Simultaneidad, semejanza, contraste y aparición en el mismo espacio son por consecuencia, según Wundt, las cuatro condiciones á las cuales los fenómenos están ligados en nuestra conciencia por la asociación de las ideas. James Sully ha creído deber añadir una quinta condición: el hecho que hay apercepciones que tienen su raíz en una misma emoción ². Pero en todos los ejemplos citados por el eminente psicólogo inglés, se puede demostrar fácilmente la existencia de una ó de varias de las leyes de Wundt.

Para que un organismo pueda mantenerse, tiene que ser capaz de utilizar en su provecho las fuerzas naturales y de garantizarse contra los agentes nocivos de todo género. No puede hacerlo si no tiene conocimiento de estos agentes nocivos y de las fuerzas naturales que debe utilizar, y puede hacerlo tanto mejor y más seguramente, cuánto este conocimiento es más completo. En el organismo superiormente diferenciado, el cerebro y el sistema nervioso tienen la misión de adquirir el conocimiento del mundo exterior y de emplearlo en ventaja del organismo; el cumplimiento de su trabajo se le hace posible

¹ Karl Abel, *Sobre el doble sentido contrario de las raíces primitivas* (en alemán). Leipzig, 1884.

² James Sully, *Las Ilusiones de los sentidos y del espíritu*. Segunda edición. París, 1880.

al cerebro mediante la memoria, y el mecanismo por el cual la memoria se pone al servicio del conocimiento es la asociación de ideas; puesto que es claro que un cerebro en el cual una única percepción suscita, por el efecto de la asociación de ideas, toda una serie de apercepciones coherentes, reconocerá, comprenderá y juzgará mucho más pronto que otro en el cual no existiera asociación de ideas; este último, por consiguiente, no formaría sino ideas que tuviesen por contenido las percepciones sensoriales inmediatas y las apercepciones que nacen en las células que el azar de la proximidad ha colocado en el círculo de una onda de excitación. Al cerebro que trabaja con asociación de ideas, la percepción de un rayo luminoso, de una nota, le basta para formar instantáneamente la apercepción del objeto del cual emana esta excitación sensorial y de sus relaciones en el tiempo y en el espacio, para unir estas apercepciones en ideas y de estas ideas abstraer un juicio. Al cerebro sin asociación de ideas, la percepción dicha daría únicamente la apercepción de que se encuentra ante él algo que es luminoso ó sonoro; al mismo tiempo se suscitarían apercepciones que no tendrían nada de común con este objeto claro ó sonoro; no podría pues formarse ninguna representación del objeto excitador del sentido, sino que tendría primero que adquirir toda una serie de otras impresiones de varios sentidos ó de todos los sentidos, para conocer las diferentes cualidades del objeto del cual una sola nota ó un solo color ha sido percibido al principio, y para reunir las en una apercepción única. Aun en este caso, el cerebro sólo sabría cómo está constituido el objeto, es decir lo que el cerebro tiene inmediatamente delante de él, pero de ningún modo cómo este objeto se conduce con relación á las demás cosas, dónde y cuándo ha sido ya percibido, por cuáles fenómenos estaba acompañado, etc.; el conocimiento así adquirido del objeto sería por consiguiente todavía completamente inutilizable para

la formación de un juicio exacto. Vemos ahora qué enorme ventaja la asociación de ideas confiere al organismo en la lucha por la existencia, y qué inmenso progreso en el desarrollo del cerebro y de sus funciones significa esta adquisición.

No obstante, esto no es exacto sino con una restricción: la asociación de ideas por sí misma no facilita al cerebro su tarea de conocer y de juzgar, ni más ni menos que lo hace la tumultuosa aparición de imágenes conservadas en la proximidad del centro de excitación. Las apercepciones que la asociación de ideas llama á la conciencia están, es cierto, con el fenómeno que ha enviado una excitación al cerebro y ha sido percibido por éste, en una relación un poco más estrecha que las que surgen en el círculo geométrico de la onda de excitación; pero esta relación misma es tan ligera que no presta ningún auxilio útil á la interpretación del fenómeno. No debemos olvidar que todas nuestras percepciones, apercepciones é ideas están, mediante la asociación de ideas, ligadas las unas con las otras de más lejos ó de más cerca; como en el ejemplo más arriba citado, la percepción de lo azul evoca las apercepciones del cielo, del mar, de unos ojos azules, de un uniforme, etc., así cada una de estas apercepciones suscitará á su vez las ideas que, según la ley de Wundt, están asociadas á ellas: el cielo, la representación de estrellas, de nubes, de lluvia; el mar, la de barcos, de viajes, de países extranjeros, de peces, de perlas, etc.; los ojos azules, la de un rostro de mujer, del amor y de todas sus emociones, etc. En suma, esta única percepción puede, por el mecanismo de la asociación de ideas, suscitar poco más ó menos todas las apercepciones que hemos formado en todo tiempo y el objeto azul que tenemos efectivamente ante los ojos y que percibimos, no es ni más claramente comprendido ni mejor explicado por este tumulto de representaciones que no se relacionan inmediatamente con él.

Luego, para que la asociación de ideas cumpla su función en la actividad cerebral y se conduzca como adquisición útil del organismo, ha de intervenir una cosa: la atención. Esta es la que pone orden en el caos de las representaciones suscitadas por la asociación de ideas y la que les hace servir para el conocimiento y el juicio.

¿Qué es la atención? T. Ribot dice que «es un monoidéismo intelectual con adaptación espontánea ó artificial del individuo»¹. De otro modo dicho, la atención es la facultad que tiene el cerebro de suprimir una parte de las imágenes conservadas ó recuerdos que, por la asociación de ideas ó la onda de excitación, llegan á la conciencia á cada excitación de una célula cerebral ó de un grupo de células, y de no dejar subsistir sino otra parte: los recuerdos que se refieren á la causa excitadora, el objeto que acaba de ser percibido.

¿Quién hace esta selección entre las imágenes conservadas? La misma excitación que pone en acción las células cerebrales; las células más fuertemente excitadas son naturalmente las que tienen relación inmediata con los nervios periféricos que llevan la excitación; un poco más débil es ya la excitación de las células á las cuales la célula primitivamente excitada envía su excitación por la vía nerviosa habitual; todavía más débil la de las células que, por el mismo mecanismo, reciben su excitación de la célula excitada en segundo lugar. En consecuencia, la apercepción más viva será la que suscita la percepción inmediata; un poco más débil ya será la representación que suscita la primera apercepción por la asociación de ideas; más débil aún la que lleva por su parte la representación asociada. Sabemos además que un fenómeno no ejerce nunca una excitación única, sino varias excitaciones á la vez; si vemos, por ejemplo, á un hombre ante nosotros, no percibimos tan sólo un punto de su superfi-

¹ T. Ribot, *Psicología de la atención*. Paris, 2.^a edición, 1893.

cie, sino una porción más ó menos grande de esta superficie, es decir todo un gran número de puntos diferentemente coloreados y diferentemente iluminados; además, le oímos acaso, quizá también le tocamos y percibimos en todo caso, fuera de él mismo, algo de lo que le rodea, de sus relaciones en el espacio. Así se origina en nuestro cerebro toda una suma de centros de excitaciones que obran simultáneamente de la manera descrita más arriba; en la conciencia surge una serie de apercepciones primitivas que son más fuertes, es decir más claras que las representaciones asociadas, suscitadas á consecuencia de ellas, y estas representaciones más claras son precisamente las causadas por el hombre que está ante nuestra vista; son en cierto modo los puntos más luminosos entre otros menos brillantes. Estos puntos más luminosos predominan necesariamente en la conciencia sobre los menos luminosos; llenan la conciencia, que los reúne en un juicio, puesto que lo que llamamos juicio no es, en último análisis, otra cosa que la aparición simultánea en la conciencia de un número de apercepciones y de representaciones que ponemos en relación las unas con las otras, sencillamente porque tenemos conciencia de ellas al mismo tiempo. El predominio que las apercepciones más claras obtienen en la conciencia sobre las más oscuras, las apercepciones primitivas sobre las representaciones llevadas á continuación de ellas, las permite, con ayuda de la voluntad, influir durante cierto tiempo en favor suyo sobre toda la actividad cerebral, es decir suprimir las representaciones más débiles—las llevadas á continuación de las apercepciones primitivas—combatir las que no se dejan relacionar con ellas, reforzar otras que las refuerzan á su vez y que, en medio de la incesante aparición y desaparición de las apercepciones que se rechazan las unas á las otras, les aseguran alguna duración; y en fin, arrastrarlas en su círculo de excitación, ó comenzar tan sólo á suscitadas. La intervención de la